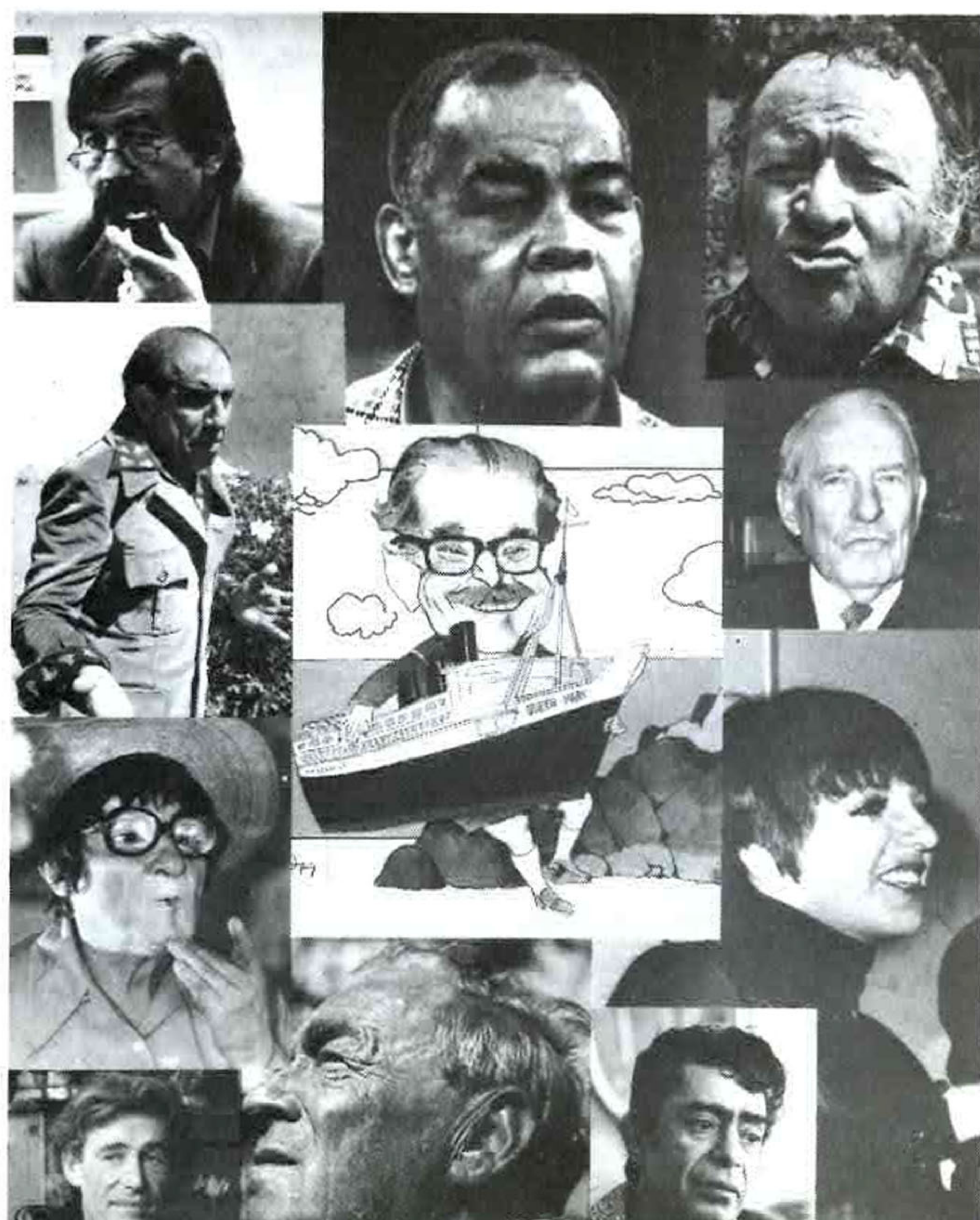


colección
**PERIODISMO
CULTURAL**

Aquí y allá

ENRIQUE LOUBET JR.





PRESENTACIÓN



Enrique Loubet Jr., el periodismo como vocación

Nos dicen los libros sobre periodismo que el reportaje es el género rey, que se requieren muchos talentos y habilidades para ostentar ese título, que quien lo lleva es un periodista en toda la extensión del término. Nos dicen además que la persona que selecciona como vocación la de reportero debe tener gran cultura, ingenio e imaginación, saber literatura, escribir muy bien, ser audaz, en fin, una larga lista de cualidades que se antojan imposibles. Se requiere saber entrevistar (lo que algunos han llamado atinadamente duelo de inteligencias), enfrentarse a gente de variado oficio y carácter cambiante; se exige también la habilidad endemoniada de Sherlock Holmes y la astucia de Arsenio Lupin. Por último, se pide intuición para la noticia, para hallar el nuevo dato, el que maravillará al lector, el gran objetivo del periodista. No son muchos los que sí han podido con el peso de un oficio espléndido: en Estados Unidos Ernest Hemingway, entre nosotros, Gabriel García Márquez.

Enrique Loubet Jr. tiene todas esas cualidades y algo más: ama su oficio, le ha dedicado toda su vida. Nunca se ha ocupado de otras tareas a no ser que éstas lleven el sello periodístico. Ha dado clases en la UNAM y ha sido funcionario, siempre fiel a su vocación. Yo lo conozco desde siempre, desde que comencé a asomarme a las páginas luminosas de *Excelsior*, diario que he leído toda mi vida. Allí estaba Loubet. Luego lo conocí personalmente, pues juntos estuvimos en alguna aventura periodística de envergadura que culminó con la salida de casi todos los fundadores de un periódico.



Fue, entonces, alrededor de 1974 que comencé a tratarlo, aparte de sus frecuentes reportajes y entrevistas, ya había leído un libro suyo: *Nueve famas*, editado por el Fondo de Cultura Económica. Pronto nos hicimos amigos. Lo respetaba por su trabajo y me divertía con él por su enorme sentido del humor, su inteligencia maligna y su capacidad para hacer bromas muy finas y poco comprensibles para la mayoría. Han sido muchas horas las que he pasado escuchándolo. Yo podría decir que es un hombre sabio y lo es también generoso, que, como diría Jorge Luis Borges, me permite intercalar algunos silencios. Hemos compartido el pan, la sal y el whisky, juntos hemos ido a reuniones periodísticas y al hipódromo. He podido acompañarlo en más de una tarea suya: en CONACYT y en *Revista de Revistas*, por ejemplo. Lo sucedí en la dirección de la sección cultural de *Excélsior* y me gusta mucho su trabajo, lo respeto como a pocos periodistas y escritores. Hasta he llegado a contar sus anécdotas, aquellas que a él más le gustan y suele repetir las.

Ahora un editor inteligente reúne parte significativa de sus materiales periodísticos y al hacerlo consigue un libro formidable que bien podría llamarse, parafraseando a Alfonso Reyes, México en una nuez o el mundo en una avellana, pues el periodista no elude ningún tema, ningún personaje. Enrique Loubet Jr. se encuentra con literatos de la talla de Günter Grass, con Roberto Montenegro para hablar de Darío, con el notable pianista José Iturbi, con Peter O'Toole y John Wayne, con Liza Minelli, con los mexicanísimos *Resortes* y *Borolas*, pregunta por don Miguel Hidalgo y Costilla, el padre de la patria, a su último descendiente, conversa con Cárdenas ("el bueno") y acude a su sepelio, da rienda suelta a sus inquietudes deportivas y busca a Dempsey y a Henry Armstrong, se mete con el legendario trasatlántico *Queen Mary*, en fin, no hay tema o personaje que Loubet eluda. Los resultados son maravillosos, es un libro que entretiene y enseña. Parte representativa del quehacer periodístico de un hombre que ama la vida y sobre todo ama su vocación.



Enrique Loubet Jr. actualmente dirige la publicación decana del país: *Revista de Revistas*, para mí su mejor época. Sabe darle inteligencia, distinción, pero sobre todo y esto es algo difícil, le concede sentido del humor y sabe, como buen periodista, hacerla amena, atractiva. Conozco personas de diversas edades que la coleccionan, que la buscan porque Loubet ha sabido integrarla con materiales diversos, de buenos colaboradores, de excelentes caricaturistas. Está, por añadidura, atento a las novedades, a lo que llama poderosamente la atención del público lector.

Yo no estudié periodismo, lo he ido aprendiendo a través de lecturas y el contacto con los medios y la realidad, leyendo y tratando a periodistas de la talla de Enrique Loubet Jr. Creo que particularmente a él, a quien he podido observar en la concentración que le exigía la apuesta de un gran caballo en el hipódromo de las Américas, en los cuidados que pone cuando pinta o se dedica al aeromodelismo (posee una colección de aviones a escala sorprendente), pasando por el momento en que le ha tocado reportear. Lo he acompañado en sus correrías y he visto la manera en que lo jóvenes lo buscan y aprenden de él, de sus ironías incesantes y de sus conocimientos magníficos. Su paso por la Facultad de Ciencias Políticas, donde impartió periodismo, aún es recordado porque un alumno "progresista" le exigió su opinión sobre Marx y Loubet, en lugar de referirse a Karl, hablo deliberadamente de Groucho, para terminar diciéndole al azorado joven que desde esa perspectiva, él también era marxista.

Enrique Loubet Jr. está en este libro de cuerpo entero. Es un hombre que ha enfrentado diferentes épocas y en todas ha salido airoso. Su nombre es sinónimo de buen periodismo, de un periodismo lleno de gozosa vida, de regocijado buen humor. Es un periodista de los de antes, de los que sí leyeron, sí escribieron, sí investigaron. Jamás aguardó la llegada del boletín ni telefoneó al amigo poderoso en espera de apoyo, fue directo a las fuentes y de allí salieron páginas memorables. Si uno conoce personalmente a Enrique, el libro le parecerá formidable muestra de sus capacida-



des, si no, pues de todos modos lo disfrutará enormemente: se trata de una obra que tarde o temprano será un clásico del trabajo reporteril, de la entrevista, de la agudeza y la ironía. En suma, un ejemplo a seguir. Los trabajos periodísticos de Loubet tienen una característica más: no se les puede dejar de leer. Uno los comienza y el autor tiene la magia de llevarnos hasta el final, algo que no es frecuente en este país.

En fin, leer a Enrique Loubet Jr. es una aventura, una amena aventura que deja siempre enseñanzas de inteligencia y respeto por lo mejor de la vida.

René Avilés Fabila.



**ESCRITORES, PINTORES
Y MÚSICOS**



Casi veía caer, abatidos por don Juan, a los Scarface, Duke Mantee, Little César y tantos más. Ni modo.

Pero en fin, conocer a Orol, valió la pena. No todos los días se ve alguien así.

—¿Y qué va a hacer a Miami? —indagué. La verdad poco recuerdo de lo que me disparó a continuación. Disparos de palabra, claro. No vaya a pensarse que sacó la *Thompson* e hizo lo mismo. Dijo algo así como: —Voy a ver un Cadillac convertible, color amarillo. Después siguió hablando, y el reportero escuchando.

Y alguna referencia tuvo en torno de una escena que alguna vez había filmado (eso al menos registra la leyenda) en la que disparó balas de verdad. Los extras creían que eran balas de salva hasta que, aterrados vieron (sigue el mito), descascararse las paredes del set. ¿Había sido verdad? Quien sabe, pero Orol mantenía viva la anécdota. Si mal no recuerdo, fundamentándola con frase lapidaria: —Lo hice para demostrar la perfecta puntería que tenía.

Seguramente así fue —de haber ocurrido realmente tan colosal suceso— porque, que se sepa, los extras murieron como correspondía a la escena, pero “de mentiritas”. En fin, sirvan estas memoranzas como un adiós a don Juan Orol, que seguramente ahora filmará en regiones donde quizá llegue a tomar la escena que tanto había soñado.



**LA PRIMERA NOTA
DEL AÑO**



“Los chistes siempre son viejos”: Verdaguer *

A los 52 años de edad, con 61 kilogramos y 1.62 metros de estatura (su altura humorística no corresponde a la física), Juan Verdaguer es hombre serio, reflexivo. “Mis peores problemas comienzan — refiere—, cuando alguien me pide: —A ver, diga usted algo gracioso...”. Recibió al reportero en lujosa suite. Vestido como un moderno *dandy* de descanso: traje último grito de la moda color verde aceituna, mocasines de gamuza, *whisky on the rocks* en mano. Presente, su esposa, una bellísima yugoslava. Tal vez la conozcan, es *partenaire* del comediante en el teatro. La idea era iniciar el año — este ejemplar es el primer *Excélsior* del naciente 1971 —, con una entrevista en la que campease lo ameno, lo cordial que algo hiciese olvidar tristezas de otros acontecimientos.

—Bueno, pues le deseo el éxito que tuvo Sansón... Ya recordará usted, ese hombre al que le bastaron **dos columnas** para entrar en la historia, comentó Verdaguer. Y allí —sin pretender ni mucho menos alcanzar la fama del Sansón de referencia empezó la entrevista.

Verdaguer de origen catalán — los Verdaguer, dijo son apellidos comunes en Argentina—, empezó en un circo. “Mi padre era **clown**. Mi madre fue acróbata. En el circo practiqué mi primer número: el de una escalera en equilibrio sobre la cual hacía yo mayores equilibrios aún para sostenerme”. Así —desde que ganó 25 pesos a los 15 años en algún paraje argentino—, empezó a recorrer mundo. A los 52 años, su edad actual, con cierto orgullo dice que ha llegado a cobrar hasta 8 mil pesos por una sola presentación.

* *Excélsior*, 2 de enero de 1971



“Recorriendo mundo — relata — llegué a Estados Unidos”.

¡Ah!, claro que yo sabía inglés. Podía decir *My name is John*. Pero al parecer, la frase no bastaba para ser cómico. Además, yo ni siquiera pensaba en serlo. Me inhibía frente al público ¿Qué le voy a decir a tanta gente? me preguntaba. Y naturalmente, no se me ocurría nada. ¿Hacer reír? ¿A quién? La verdad, bastante hacía con mantener el equilibrio en la escalera.

—¿No te acuerdas de aquel chiste que nadie entendía? interrumpió su esposa.

—No pero si nadie lo entendía debía ser un chiste formidable, acotó Verdaguer.

Continuó el artista rememorando sus días de acróbata mudo a lo largo de la Unión Americana. Días que empezaron en los finales de 1945 y que no terminarían sino cinco años después. Pero —indagó el reportero— ¿cómo fue que se decidió a hablar? “pues —contesta el entrevistado— porque mi meta era actuar en el Radio City Music Hall de Nueva York”. Y, al parecer, para llegar a esas alturas su escalera resultaba muy pequeña. Había que hacer algo, además de subir por ella.

“Una noche —recordó Verdaguer— le dije a mi representante que deseaba actuar en Radio City. “No estás listo”, me contestó. “¿Por qué?”, pregunté “¡Ah! Ese es tu problema”, replicó. Pero —añadí— ¿cómo que no estoy listo? ¿Y los aplausos? El representante me miró y dijo “El público aplaude cualquier cosa”. La conversación originó que Verdaguer siguiera cuatro años haciendo equilibrio en una escalera.. mudo.

“Por aquel entonces, empecé a subir la escalera con un violín en la mano. Nunca lo tocaba, y ante otro representante volví a plantear la idea de actuar en el Radio City. “No estás listo...”, dijo aquél. “¿Por qué?” insistí. “¡Ah! Ese es tu problema...”, sentenció el experto. Y ahí concluyó otro diálogo. Y yo seguí con el violín y la escalera.

Hoy, Verdaguer suele decir que un representante es un señor que toma a un artista famoso y lo convierte en un desconocido.



“Y así llegue a Pasadena. Allí el dueño del “Eagle Rock” donde trabajaba, me dijo: —Lo que ocurre es que tú desilusionas a la gente. Tienes cara para hablar. Consecuentemente, el público espera que digas algo, no solamente que te subas a una escalera. Como no lo haces, el auditorio sufre una decepción, se desencanta. “¿Y qué voy a hacer?”, le pregunté. —¡Ah! Ese es tu problema... respondió el empresario. Y como sí era mi problema, empecé a ver cómicos. Caí entonces en cuenta que me faltaba comunicación con el público y que esto no podía surgir sino con la palabra.

“Decidido a hablar, a decir algo, el siguiente paso fue: Bien, pero ¿qué voy a decir? Entonces, busqué unos chistes. Se me ocurrió que podría empezar el acto, ya desde la escalera, diciendo: En la pasada función, oí que una señora le decía a otra: —Hay que ver, las cosas que hacen algunos hombres para no trabajar. Y, aunque estaba decidido a soltar la frase en cualquier oportunidad, el hecho es que me cohibía mi acento y que Pasadena se quedó sin oírla”.

Recordemos que, si bien ese fue el primer chiste que a Verdaguer se le ocurrió, la serie de la escalera incluía años después, detalles como: “Esto es irónico: para comer tengo que hacer este número; y para poder hacerlo tengo que dejar de comer.” O el famoso se trata de un número peligrosísimo: la última vez que me caí, mate a dos parroquianos. O el irónico: Hago esto por gusto. Yo no necesito trabajar para comer... siempre y cuando muera mañana temprano”.

Pasadena, pues, se quedó sin oír a Verdaguer. Fue en el *Beverly Hills Country Club*, de Covington, Kentucky, donde habló por primera vez. Hubo aplausos, felicitaciones. Eso animó al comediante. Pero el contrato había terminado casi con las primeras palabras del cómico en escena. Poco después en el *Capitol Theater de Washington*, —relata Verdaguer— ocurrió lo siguiente: “...lancé mi chiste en plena función y la carcajada no se hizo esperar. Yo estaba feliz. Hubo abrazos, felicitaciones. El empresario me esperaba en el camerín. Yo esperaba nuevas palmadas de admiración. Sin embargo, el “manager” casi gritó: “¿Por qué tuvo que hablar?” Yo apenas respondí que a la gente parecía haberle gustado, pero el empresario,



en práctico aullido me espetó: “¿No sabe usted que ya tengo un cómico en el espectáculo? ¿No sabe que según su contrato, es el único que puede hacer chistes? ¿No sabe que el me puede demandar si otro viene aquí a hacer bromas? ¿No sabe que usted fue contratado como acróbata? ¡Pues sea acróbata!”

Verdaguer concluyó el contrato, tomó su escalera y puso proa a Nueva York. Pero aquí tampoco encontró espectáculo en el que pudiera intercalar sus bromas. En esa época, a principios de los 50's —dice—, le escribió a don Vicente Miranda, empresario de *El Patio*, de México. “Así llegué. Y aquí pude hablar. Mejor aún que en Estados Unidos, puesto que lo hacía en mi idioma. Vino la serie de la escalera. Yo era un hombre serio, de frac que entraba a escena con un violín. La gente esperaba un recital ¡claro! Yo no daba ninguno. Simplemente me subí a la escalera, contaba chistes y remataba viendo mi violín y diciendo “¿Para qué habré traído este violín?”

—Sabe usted— interrumpió Verdaguer entre sorbo y sorbo de scotch— ¿qué es peor que encontrarse un gusano en una manzana?

—No, no sé...

—Pues es peor encontrarse medio gusano en una manzana.

—¿No es algo desagradable como broma? —aventuró el reportero de *Excelsior*.

—Bueno, ¡claro! Si a usted no le gustan los gusanos —concluyó el comediante.

“Mi bisabuelo era catalán. Hay muchos Verdaguer en Argentina... Yo nací en Montevideo, Uruguay” ¿Participa usted de ese cuento de que todas las glorias argentinas son uruguayas?, preguntó el reportero. Río Verdaguer: “Bueno, Leguisamo...” Y la referencia al gran jinete Ireneo Leguisamo, llevaba fácilmente a pensar en Carlos Gardel, que le dedicó al “jockey” uno de sus tangos; Gardel, cuyo nacimiento muchos ubicaban en Uruguay.

Verdaguer tiene la cara de un travieso duende. Nariz aguileña, gesto ágil, ojos verdes que parecen verlo todo, sonrisa de oreja a oreja y éstas terminadas algo en punta, algo así como las que pintan a los gnomos.



“Soy un humorista internacional. No puedo viajando como viajó, hacer lo que algunos cómicos locales: Tocar irónica, sarcásticamente algún tema local. Lo que en el cómico nativo causaría risas parecería una hiriente censura pronunciada por un artista extranjero. De allí que elimine del repertorio, el chiste político, el religioso, en fin”. ¿Y los chistes sexuales?, interrumpió el reportero. “Alguna vez los sugiero. Pero en realidad no necesito hacerlos. Cuando trabajé en el Tívoli (años ha) era el único vestido en el escenario. Y no tuve necesidad de referirme al sexo para hacer reír. Reconozco que por ser internacionalista, me limito a una serie de chistes. Y es que hay lugares donde no puede uno bromear ni con el costo de la vida o con el costo de los militares.

Por cierto que uno de los cuentos de Verdaguer —que según lo expuesto no puede referir donde quiera— es el relativo al del marciano que entró a un restaurante. El dueño lo recibió con máximos honores. “Sepa usted, señor, que es el primer marciano que nos visita.” A lo que el extraterrestre replicó: “Claro, con estos precios ¿quién se va atrever a venir?”

—¿Dónde busca Verdaguer sus chistes?

—“Leo muchos libros donde el chiste está sugerido. Es la culminación de una serie de circunstancias. En otras condiciones perdería la mitad de su valor. La habilidad del comediante es colocarlo precisamente en el momento en que el auditorio está predispuesto para recibirlo. Mi monólogo es eso. Una cosa lleva a otra hasta desembocar en un clímax: el chiste.

—Pero ¿no teme repetirse?, ¿que lo censuren por copiar?, preguntó el diarista.

—No. El chiste no tiene propiedad. No es algo que pueda registrarse. A mí me los cuentan, claro. Es algo que se debe soportar si se es cómico (acotemos que hasta el reportero intercaló uno). A veces, algún cuento sirve. Por lo demás, un cuento trae otro, o sugiere variantes. El humorista que escribe, no tiene por qué rematar una escena con un chiste. No es su papel. Este, en todo caso, es el papel del comediante. Yo puedo leer en un teatro espléndidas pági-



nas de un humorista sin que nadie se ría. Tengo, pues, que aportar algo a su humor. Rematarlo con una culminación, con un chiste.

—¿Y los chistes viejos, gastados?

—Los chistes —responde Verdaguer— siempre son viejos. Lo que ocurre es que los de la diligencia los hemos trasladado al avión. Lo que ha cambiado es el vehículo. No creo que exista un chiste nuevo. Algo nuevo podría originar un chiste, eso sí. Pero ese algo nuevo tiene, a su vez, un antecedente. Un chiste sobre ropa, por ejemplo, tendría su antecedente en un cuento sobre la hoja de parra de Adán y Eva. Por lo demás —concluyó Verdaguer— no importa que el chiste sea viejo si hace reír. Y, si no hace reír ¿qué importancia tendría que fuese nuevo?

Viajamos ahora a la velocidad del sonido. Dentro de poco lo haremos a la velocidad del rumor (cuenta el cómico).

El comediante teatral —dice— debe tener gran seguridad en sí mismo. Una equivocación es fatal. Mata el chiste. Errar al leer un solemne discurso puede ser corregido volviendo sobre los pasos. Fallar al contar un cuento, diluye la broma, hace que el chiste desaparezca. El éxito, en buena parte, depende pues, de cómo contar. Y para seguir con lo de los chistes gastados, he de señalar que muchas veces he hecho espectáculos totalmente nuevos y que, a mitad de los mismos, he tenido que volver a contar cualquier antigua broma, por ejemplo, acerca de mi matrimonio.

Si no busca sus chistes, propiamente hablando, en libros, en revistas.

—¿Existe en cambio algún comediante que lo haya influido?

—Tampoco a muchos. Trato de aprender algo cuando los veo actuar. Pero no tengo ninguna influencia. Lo mío, ya se lo dije, surgió por accidente. Por lo demás Shakespeare dijo que un cuento no depende de quien lo diga sino de quien lo escucha. De aquí cabría deducir que un cómico como yo debe esperar siempre que su público sea muy gracioso para tener éxito.

Para entrar en aquel restaurante (cosas de Verdaguer), había que descender tres escalones: práctica y socialmente.



—¿Qué es el humor?

—“Una forma de restarle importancia a las cosas importantes. ¿Y lo cómico? “Rubricar algo sutil con lo directo”.

—¿Qué pueblo considera más capacitado para el humor, para reír?

—Todos los pueblos tienen diversas capas y cada una de éstas sus especiales características, su determinado sentido del humor. Variar de teatro para un comediante, es variar de humor. El humorista debe, pues, saber ubicarse. Si lo logra, siempre encontrará clientela. Yo nunca espero que el público se adapte a mí. Es mi deber adaptarme al auditorio. ¿Qué pueblo ríe más? Todos —responde—, lo que ocurre es que hay pueblos que saben reírse en sus propios pueblos y otros que sólo se ríen cuando están afuera del pueblo. Hay gente que en su localidad pone cara de severa circunstancia cuando oye una broma y que se desternilla con la misma broma si la escucha en el *Lido* de París o en Las Vegas. Además —refiere Verdaguer en paradojas— muchas veces en un teatro ocurre que la mitad se ríe, que entonces la otra mitad se ríe porque la primera mitad está carcajeándose y que ésta estuviese precisamente muriendo de risa porque la mitad del teatro permanecía originalmente seria. Es decir, que a veces la gente suele reírse de la gente.

—¿Y qué es lo que capacita a una persona para gozar un chiste?

—Bueno debe considerarse que hacer reír es mucho más fácil cuando ya se tiene fama de gracioso. Si yo cuento un chiste, la gente se ríe. Sabe que lo está contando un cómico. Si un particular lo relata, a lo mejor no se ríe nadie. Esto pasa dondequiera. En Estados Unidos donde creo que hay sentido del humor (se ríen de sí mismos, de sus problemas, lo que es característica del sentido del humor) ocurre, también que mucha gente empieza a reír, al ver a un comediante, aún antes de que éste dé las buenas noches. Así, pues, el público se ríe, muchas veces, por el simple hecho de que sabe que está frente a un humorista. En segundo término, claro, el sentido del humor es tanto más refinado cuanto educado es el público. (Aquí, Verdaguer coincide con una frase de André



Maurois, atribuida al humor británico: "Los ingleses se ríen de sí mismos. Porque se respetan").

El reportero buscó entonces que Verdaguer opinase, algo más particularmente, acerca del humor latinoamericano.

—¿Por qué se da en escasa medida? ¿Cómo cambia en las diferentes latitudes del Continente? Respondió el artista que varía de uno a otro país, pero que en general el humor es crítico. Aunque —reconoció— no sé hasta qué punto en Latinoamérica se deja de desarrollar el humor. Hay, en algunos países, demasiadas cosas vedadas para que el humorista pueda desarrollarse. Por mi parte no suelo hacer humorismo crítico. No me gusta herir susceptibilidades. No está en mi, criticar. No censuro en mi vida privada. Menos lo hago en mi profesión. Procuro sólo que la gente ría. Lo mío es que la gente se ría.

Era una de esas películas de las que ahora se hacen: de mensaje. Pero el mensaje debía estar en clave. No hubo quien lo entendiera. Por lo mismo, fui a ver otra película. También de las de moda. Droga era el tema. Naturalmente todo acabo cuando el héroe se escapó con la heroína. (Más humor de Verdaguer)

Verdaguer cree que la risa actualmente, es un remedio para cierta clase de enfermedades. Especialmente síquicas. Se vive una neurosis colectiva provocada por los inventos, el smog, los automóviles. Hay pues que hacer reír. Y para que se subraye lo preocupada que puede estar la gente, el humorista uruguayo suele referir: "Arquímedes estableció que cuando un cuerpo se sumerge en el agua su peso equivale a la cantidad de líquido que desplaza...¡Bien! Pues eso sería en los tiempos de Arquímedes, porque ahora cuando un cuerpo se sumerge en el agua, suena el teléfono..."

Así terminó la entrevista con Juan Verdaguer —que entre otras gracias tiene la de haber sido quince años actor mudo (y vivió del equilibrio) y ser, desde hace veinte años, un perfecto hablantín (y vive de eso, sin hacer mayores equilibrios que los presupuestales). Suele decir que lo primero que lee en los diarios es el obituario. Como no aparece su nombre, reflexiona: "Bueno, empezó bien el



día...” Esperemos que, hoy, olvide la nota necrológica y lea esta entrevista. Para el que escribe, la ventaja de hacer una entrevista es, precisamente, esa: saber que se cuenta al menos con un lector: el entrevistado. Y los lectores, sobre todo después de fiestas de fin de año, no son, seguramente, lo que abunda. Pero ya sea que lea las defunciones o esta nota, deseamos que Verdaguer —y usted lector— empiecen bien 1971.





Nació en Bilbao, España en 1929 y se naturalizó mexicano en 1945 ♦ Periodista desde 1948, Enrique Loubet Jr, ha recorrido por más de cincuenta años el oficio de las redacciones y las delgadas aristas de las páginas literarias ♦ Reportero sin grabadora y siempre fiel a la casa *Excelsior*, creó - en la década de los ochenta - *Comunidad Conacyt*, una de las revistas científicas y tecnológicas más importantes en México ♦ Dueño de un humor inteligente y lector voraz, en su trayectoria profesional ha cosechado doce premios nacionales de periodismo ♦ Tiene en su haber *En la brecha*, crónicas de campañas presidenciales de Luis Echeverría a Ernesto Zedillo Ponce de León y un libro fundamental en la historia de nuestra prensa escrita: *Nueve de famas* editado por el Fondo de Cultura Económica que incluye nueve entrevistas, nueve famas, por supuesto, conversaciones que miran desde una perspectiva moral, en el amplio sentido del término, a personajes como Dalí, Borges, y Casals, entre otros ♦ En las páginas antologadas de *Aquí y allá* se mantiene el espíritu de *Nueve de Famas*, entrevistas de tono diverso que son tal vez el modelo más acabado de un periodismo literario, trabajos propios de una prosa inasible, culta, breve y deliciosa a la lectura ♦ Para muchos, el llamado *príncipe* del periodismo escrito ha dejado junto con otros hombres de escritura memorable como Salvador Novo, por ejemplo, el germen de lo que con los años se ha dado en llamar "nuevo periodismo mexicano" cuyo auge tuvo lugar en los años sesenta y setenta ♦ Enrique Loubet Jr., director desde hace más de 20 años de *Revista de Revistas*, nos ofrece en *Aquí y allá*, no sólo información-premisa del periodismo de la que hace gala- sino la calidez y la erudición de un hombre por siempre y para siempre, de cultura.

